

---

# JOSE MARIA LAGRANGE: UN LIBRO INEDITO Y UNOS RECUERDOS INTIMOS

---

Germán Correa, O.P.\*

---

Corría el año 1905. La Iglesia se veía sacudida por la crisis modernista. En Jerusalén, la Escuela Bíblica cumplía quince años de investigación y de enseñanza. El Padre José María Lagrange, fundador de la Escuela, tenía preparado para la publicación un comentario al libro del Génesis, en el cual incorporaba las adquisiciones de la exégesis protestante a la doctrina católica. Pero los espíritus no estaban preparados para asimilar innovaciones en la enseñanza bíblica. De ahí que las autoridades eclesiásticas juzgaran oportuno consultar primero a la Pontificia Comisión Bíblica y hacer imprimir una parte del comentario pro manuscrito, con el

fin de darlo a conocer a los cardenales y consultores de la Comisión. La tirada fue de unos sesenta ejemplares. . . y en eso quedó la publicación de la obra: obra inédita por prohibición del mismo Soberano Pontífice, que entonces era san Pío X.

En la biblioteca del Seminario de Medellín se encuentra —rara curiosidad bibliográfica— uno de esos sesenta ejemplares del pro manuscrito, que perteneció a Henri-François Cheramy, por aquel entonces ecónomo de la Procura de San Sulpicio en Roma (1). Por otro lado, ahora conocemos los Recuerdos Personales que dejó escritos el

---

\* Licenciado en Teología, Universidad de Friburgo (Suiza), Licenciado en Sagrada Escritura, Pontificia Comisión Bíblica.

(1) **La Genèse**, Coll. Etudes Bibliques, París, 1905, 165 pp. con el comentario al Génesis hasta el cap. 6, v. 4.

---

Padre Lagrange y en los que rememora aquellos años amargos de su vida. Los editó el Padre Benoit y están traducidos en la editorial Desclée, de Bilbao (2). Uno y otro libro invitan a la reflexión acerca de la crisis modernista de comienzos de siglo, y nos permiten apreciar el camino recorrido en el terreno de la exégesis católica y la libertad e independencia ganadas en el trabajo científicos; y sobre todo nos muestran las nobles actitudes del gran exégeta y su apego incondicional a la Iglesia.

Estas líneas quieren dar a conocer algunas de las tesis propuestas por él en el pro manuscrito para explicar las primeras páginas de la Biblia, y evocar las duras circunstancias en que hubo de debatirse su vida de investigador.

## 1. LA INTERPRETACION DEL GENESIS

Hasta hace un tiempo, se ha dicho con razón, los católicos se dedicaban más que todo a defender la Biblia, mientras que ahora prefieren dedicarse a conocerla mejor. El Padre Lagrange creyó siempre que la búsqueda de la verdad era de más provecho que la sola apologética (3).

Tal búsqueda, escribía, “es a menudo importuna, puede presentar

grandes inconvenientes para algunas almas. Pero si está averiguado que la Iglesia, columna de la Verdad, deja a otros el cuidado de buscarla, ¿el mal no será aún mayor? Bastante nos dicen que nosotros no somos libres, que por consiguiente estamos de antemano cerrados a la verdad. ¿No es necesario mostrar que no tenemos miedo de ella? Y cuando se trata de problemas filológicos, literarios o de pura historia ¿cómo puede objetarse a cada instante el sentir de la Iglesia, es decir una opinión media que jamás se ha metido en esas cosas? ¿Los independientes no pueden haber acertado? ¿Y por qué no decirlo lealmente?” (4).

De los independientes tomaba él para su comentario al Génesis la teoría de las fuentes del Pentateuco. Y como ellos se servía del estudio comparado de la Biblia con las literaturas orientales, comparación que por cierto le confirmaba la superioridad de la religión israelítica por sobre todas las religiones del antiguo oriente, al mismo tiempo que evidenciaba el tributo cultural que el pueblo elegido debió pagar a la civilización de entonces. “Privilegiado en el orden religioso, Israel no era según todas las apariencias independientes en el orden científico, y esta ciencia a la moda

(2) BENOIT, P. *El Padre Lagrange al servicio de la Biblia, Recuerdos personales*, Col. “Temas bíblicos”, Desclée de Br., 1970. La traducción es mediocre, por lo cual tomo las citas del original francés’ *Le Père Lagrange au service de la Bible, Souvenirs personnels*, París, Cerf, 1967.

(3) “El siglo XIX no fue siempre feliz en sus tentativas apologéticas. Quizás no comprendió lo suficiente que la mejor apología es la búsqueda integral de la verdad sin más preocupación que descubrirla. Hay que decir también que ese siglo estaba en presencia de adversarios que atacaban por atacar; él defendía por defender”. LAGRANGE, *La méthode historique*, París, Cerf, 1966, p. 181.

(4) *Souvenirs personnels*, p. 184.

antigua le llegó probablemente, en el Poema de la creación, arropada con mitología" (5).

Ello le permitía dar cabida a cierto alegorismo en la interpretación de los seis días de la creación (Génesis 1) y acabar con los restos de concordismo decimonónico que lastaban todavía la exégesis católica. Efectivamente, en el siglo diecinueve muchos exégetas habían resuelto estirar los días de la creación para ponerlos en acuerdo con los grandes períodos de la evolución propuestos por la ciencia moderna. Violentar así el texto bíblico, comentaba Lagrange, era quitarle su belleza teológica, ya que "su finalidad no era señalar la evolución de las causas segundas sino realzar la acción divina. Dios dice, e instantáneamente se produce el efecto. Se juzga que cada cosa fue creada perfecta. Al suponer un relato en estos términos: 'Dijo Dios Hágase la luz, y la luz fue hecha y se produjo un inmenso período', ya no es esa la creación con el Verbo, es la evolución de las causas segundas; la teología desaparece ante una enseñanza geogénica" (6).

A propósito de la narración de Adán y Eva (Génesis 2-3) los exégetas se debatían entre el extremo de la interpretación mitológica y el de la interpretación rigurosamente histórica. El fundador de la Escuela Bíblica niega que la narración sea un mito y ve en ella la expresión de una tradición religiosa; el autor

bíblico quiere explicar algo más que el estado actual de la humanidad, quiere mostrar su origen y remontarse para ello al estado primero y anterior al pecado. "La enseñanza del autor —recalca— no es independiente del hecho que narra, él cree en la realidad del hecho" (7).

Pero ¿podrá ser real el hecho que el autor bíblico afirmó? ¿Acaso apareció el hombre en un solo lugar del planeta y en un estado repentino de elevación moral? ¿Es posible la trasmisión histórica de un hecho puramente espiritual desde el primer hombre hasta el autor hebreo? A tales objeciones responde Lagrange someramente, más someramente de lo que esperaríamos; y sin detenerse en esa refutación precaria de objeciones, precarias también entonces, hechas en nombre de la ciencia y de la historia, apela en última instancia a la intención del autor bíblico, que no podía contar esos hechos sin creer en su realidad, a la tradición religiosa que lo respaldaba, a la autoridad de la Iglesia que nos garantiza su enseñanza.

Aceptar la realidad de los hechos ¿no equivaldrá entonces a aceptar como históricos todos los detalles del relato? Aquí encuentra uno la sensibilidad literaria del exégeta, atento a las variaciones que puede conocer un tema dado. Si no son mito, estos capítulos tampoco son historia propiamente dicha sino historia alegorizada. Sus elementos proceden seguramente de la imagi-

(5) *La Genèse*, p. 40.

(6) *Ibidem*, pp. 22-23.

(7) *Ibid.*, p. 76.

nación popular, que creó leyendas o historietas para explicarse v. gr. el origen de la mujer o del vestido. Los primeros narradores y el pueblo que los escuchaba, debieron de tomar todo aquello a la letra. Pero luego el autor yahvista (nombre que la teoría de las fuentes da al autor de Génesis 2-3) recoge aquellas tradiciones populares y las transforma en imágenes mensajeras de una enseñanza de fe. El autor bíblico no era ningún ingenuo: dominaba sus instrumentos, era consciente del género literario que empleaba. Y otro tanto hay que decir del redactor que fusionó el relato yahvista de Adán y Eva con el relato sacerdotal de la creación (Génesis 1). El debió considerar uno y otro relato como exposiciones alegóricas y complementarias de unos mismos sucesos.

Examinando la historia de la exégesis, Lagrange observaba cómo su propia interpretación la autorizaban pareceres de doctores y teólogos antiguos. La mujer creada por Dios es una mujer verdadera y no un puro símbolo, afirma; pero el modo de creación —de una costilla— es metafórico, añade con el teólogo renacentista Tomás de Vío Cayetano, “el primero que con genial intuición comprendió que no por tener la apariencia de una historia el modo de creación de la mujer era histórico” (8).

## 2. RAZONES DEL INEDITO

Tal era el tono de la obra que Lagrange sometía a la censura

(8) *Ibid.*, p. 85.

(9) *Souvenirs*, p. 153.

(10) *Ibid.*, p. 96.

después de haberla madurado en la enseñanza oral del Génesis, explicada cinco veces a los alumnos de la Escuela Bíblica; y explicado “siempre con agrado por ser aún más bello leído en Palestina” (9).

¿Quién se atrevería hoy a censurar en nombre de la doctrina católica aquellas opiniones? Y sin embargo el comentario quedó sin publicar por voluntad del Papa. Y es explicable, teniendo en cuenta las normas impartidas entonces por la Iglesia para contener el alud modernista que la amenazaba. ¿Cómo iba a recibir la aprobación de la Pontificia Comisión Bíblica un comentario que aceptaba al parecer sin discusión la teoría de las fuentes, cuando la misma Comisión estaba a punto de declarar la autenticidad mosaica del Pentateuco (junio de 1906)? Además, al Padre Lagrange se le reprochaba el sustentar la teoría de las narraciones bíblicas “históricas sólo en apariencia”, y en el comentario al Génesis usaba esa expresión, como lo muestra la explicación dada al episodio de la costilla.

A este respecto confesaba él mismo: “Jamás he propuesto la tontería de que la historia bíblica no es sino una apariencia” (10). El admitía únicamente que ciertos relatos que se habían juzgado como históricos, de historia no tenían más que la apariencia; y en su opinión se veía respaldado por el decreto dado en junio de 1905 por la Comisión Bíblica. Por cierto que a él le causaba extrañeza la forma como la Co-

misión se expresaba refiriéndose a la intención que en ciertos casos podían haber tenido los autores inspirados: para aplicar el principio de las "apariencias históricas", declaraba la Comisión, debe probarse "que el hagiógrafo no intentó referir una historia verdadera y propiamente dicha sino proponer, bajo la apariencia y forma de historia (! ! !), una parábola, una alegoría o un sentido cualquiera ajeno a la significación literal o histórica de las palabras" (11).

Un decreto más iba a oponerse a las tesis defendidas en el comentario al Génesis. En 1909 la misma Comisión se pronunciaría sobre la historicidad de los tres primeros capítulos del Génesis en términos que desautorizaban por demasiado libres ciertas interpretaciones de Lagrange. Este hablaba de historia alegorizada; la Comisión no admitía sino palabras y frases metafóricas y, en cuanto a la explicación alegórica de algún pasaje, la consideraba posible pero a condición de presuponer el sentido literal e histórico. La Comisión señalaba además algunos hechos concretos que se debían entender en este estricto sentido, y entre ellos colocaba, junto a dogmas definidos por la Iglesia, opiniones tradicionales en teología como era la del origen de la mujer.

Aprisionado, pues, en aquella red de medidas oficiales, dormía el comentario al Génesis en algún despacho romano. No así los con-

sultores pontificios que velaban. Pasado ya un año a la espera de que la Comisión se pronunciase e interpretando su silencio, si no como señal de completa aprobación al menos como síntoma de que no había serias objeciones, el Maestro General de los dominicos autorizó finalmente la publicación. Pero cuando el Padre Lagrange se disponía a ello, recibió de aquél una carta en que le notificaban la decisión de Pío X: la obra no debía publicarse ni en volumen ni en ninguna otra forma.

Lagrange escribió entonces al Papa una carta en que protestaba su obediencia y aun insinuaba la disposición que tenía, si al Papa le parecía bien, de renunciar a los estudios bíblicos. Vale la pena transcribir unas líneas:

"No basta con obedecer las órdenes de Su Santidad, y estoy decididamente resuelto a considerar como órdenes incluso sus deseos. Si, pues, Su Santidad estima preferible que yo deje de ocuparme en estudios bíblicos, sin vacilar renunciaré a ellos al momento; no soy de aquellos que se someten. . . y que continúan. Únicamente suplico a Su Santidad se digne creer en la intención recta que me ha animado hasta el presente. La medida que Su Santidad ha tomado conmigo me hace temer el haberme equivocado, y ahora me sería imposible escribir la menor línea con conciencia de desobedecer las instrucciones de Su Santidad" (12).

(11) Decreto citado *ibid.*, pp. 181-182. Ver además las puntualizaciones que trae Roland de Vaux en su introducción al libro de Lagrange, *La méthode historique*, París, Cerf. 1966.

(12) Texto completo de la carta en *Souvenirs*, p. 169, nota 13.

La notificación de Roma estaba fechada del 29 de mayo de 1907; la carta del Padre Lagrange, del 9 de junio: menos de un mes antes de la aparición del decreto *Lamentabili*, que condenaría los principales errores del modernismo. La dilación de la Santa Sede en pronunciarse sobre el comentario proyectado y la repentina prohibición de publicarlo se explican por la proximidad de aquel decreto y de la encíclica *Pascendi*. El año anterior, a un domingo de Jerusalén que le habló del comentario al Génesis, Pío X le había respondido: "El momento es difícil; más vale esperar las decisiones y documentos que se están preparando".

No quiere decir eso que aquellos graves documentos fueran a condenar opinión alguna del Padre Lagrange. Por lo demás, el dominico francés no fue el único que se vio afectado por la represión antimodernista. El jesuita Alberto Condamín tuvo que dejar en las planchas de la tipografía la introducción a su comentario de Isaías. Medidas ambas que, puesto a diecinueve años de distancia, comentará así Lagrange en sus *Recuerdos Personales*:

"Aquel gran papa obró en ciertos casos como esos jefes que declaran estado de sitio o ley marcial en circunstancias en que el inminente peligro exige medidas excepcionales. Peligro lo había, lo sabía el papa. A él pertenecía restablecer la seguridad general, costara lo que costara a algunos individuos. . . En aquel

preciso momento se proponía publicar finalmente una lista de proposiciones condenadas. Sin duda que no quiso pudiera decirse que, severo con unos, era demasiado indulgente con otros. El silencio le pareció la situación más propicia para permitir a los espíritus meditar con provecho las enseñanzas dadas por el decreto *Lamentabili*" (13).

### 3. REPROBACION DE OTRAS OBRAS

Al Padre Lagrange y a la *Revue Biblique* ninguno de sus adversarios pudo atribuirles proposición alguna de las condenadas entonces por el Santo Oficio. Y él mismo señaló en la revista la oportunidad del decreto romano. Con todo, continuaron reprochándole su afición desmedida a la crítica moderna y la poca atención que prestaba a las directivas del magisterio. Algunos esperaban de él protestaciones de obediencia nuevas y más categóricas y manifestaciones de adhesión para cada documento que saliese. Lagrange pensaba por el contrario que una persona honorable que ha dado ya su palabra, si no se le cree es inútil que la reitere. Por lo cual decidió tomar otro camino: para desarmar tantas sospechas renunció al estudio del Antiguo Testamento, y puesto que sus superiores no le permitían abandonar la investigación bíblica, se consagró al estudio del Evangelio (14).

(13) *Ibid.*, P. 170.

(14) *Ibid.*, pp. 171-172.

Fruto de sus nuevos empeños fueron *Le messianisme chez les Juifs*, obra publicada el mismo año 1907, el comentario a San Marcos, de 1911, luego los de San Lucas, san Mateo, san Juan. . . El rumbo nuevo de sus investigaciones no haría sin embargo deponer todas las armas. Aún le esperaba “el año terrible”, como el mismo Lagrange califica el de 1912. Un decreto de la Sagrada Congregación Consistorial prohibió introducir en los seminarios algunas obras de espíritu racionalista e hipercrítico, y entre ellas “varios escritos del P. Lagrange”. El decreto lo firma el cardenal De Lai el 29 de junio de aquel año.

Ese día, cuenta el Padre Lagrange, se encontraba él en Ain Karin festejando el jubileo sacerdotal de un padre franciscano. Los recuerdos cobran aquí particular intensidad:

“Todo el día anduve embargado de un sentimiento muy suave de la presencia de Dios. En la noche me desperté sobresaltado después de un corto sueño. Me invadió el espíritu, repentina, una visión de la muerte, y tan nueva como si fuera la primera vez que pensara en ella. Como no podía pensar en dormir, dominado por la angustia pasé el resto de la noche orando y paseándome por la celda, sin lograr calmar aquel terror extraño. Acaso quería Dios prepararme para no dar importancia sino a las cosas invisibles y a su juicio” (15).

Enterado del decreto de la Congregación Consistorial, Lagrange

renuncia a enseñar Sagrada Escritura y a escribir sobre asuntos bíblicos y pide licencia para retirarse de Jerusalén al menos por un año. Al Papa le protesta su obediencia, como lo había hecho ya a propósito del comentario al Génesis, mas no le calla el dolor que siente al verse injustamente censurado. La carta a Pío X era privada, y fue el Papa quien animó al General de los dominicos para que la divulgara en la prensa. En ella pudieron todos leer esta protesta:

“Precisamente por sentir en mí de veras el corazón del hijo más sumiso, séame permitido manifestar a un Padre, el más augusto de los padres pero Padre al cabo, el dolor que siento por los considerandos que parecen asociados a la reprobación de varias obras mías, por lo demás indeterminadas, que se dice están contaminadas de racionalismo. Que tales obras contengan errores estoy dispuesto a reconocerlo, pero que se hayan escrito con espíritu de desobediencia a la tradición eclesiástica o a las decisiones de la Pontificia Comisión Bíblica, díguese, santísimo Padre, autorizarme a declararle que nada estaba más lejos de mi pensamiento” (16).  
¡Magnánima y humilde protesta!

¿Y cuáles eran las opiniones peligrosas para los seminaristas? La Congregación Consistorial lo explicó en una carta al arzobispo de Siena, que lo preguntaba. La carta se puede leer en la edición de los Documentos Bíblicos publicada por la BAC, pp. 629-637. Más interesan-

(15) *Ibid.*, pp. 203-204.

(16) *Ibid.*, p. 205.

te me parece dejarle de nuevo la pluma al Padre Lagrange, que refiriéndose al cardenal De Lai escribe:

“Le dijo a Mons. Sevin que estaba encantado con mi carta al Padre Santo, y con todo encargó a un canonista distinguido, el R. P. Ojetti, de la Compañía de Jesús, el dar algunas explicaciones al arzobispo de Siena que deseaba saber por qué, sin más determinación, algunas de mis obras habían quedado incrustadas entre dos condenaciones. El buen Padre señaló, en el comentario de san Marcos sobre todo, lo que le pareció de más enorme y que provocó sonrisas (17). Ante la opinión nada para mí más útil que esa requisitoria” (18). En seguida precisa que en ello ya no estaba comprometida la autoridad de la Congregación Consistorial y menos aún la del Papa.

#### 4. INTELIGENCIA Y FE A PRUEBA DE FUEGO

A Lagrange se le acusaba de tomar el partido de los racionalistas, sencillamente porque como ellos y con sus instrumentos aplicaba la razón a la historia bíblica. Pero él sabía muy bien lo que es racionalismo y lo que lo diferencia de la crítica racional e inteligente. En *La méthode historique* (1903) había desenmascarado la influencia in-

consciente que el racionalismo ejerció precisamente en la apologética. El racionalismo, escribía, es como la fiebre, que o lo hiela a uno de escalofrío o lo abraza de calor: a veces niega cuanto supera la razón, a veces invade lo sobrenatural; no reconoce otra fuente de conocimiento distinta de la razón, o si admite la fe, la razón debe ir tan lejos como ésta. Como en el siglo pasado la razón había llegado a ser la única regla, los apologistas de entonces le pidieron a ella la demostración del dogma. Era el racionalismo dentro de la misma apologética. Pero después de la fiebre, el abatimiento que ella deja, es decir la reacción de fideísmo y de subjetivismo y el rechazo del intelectualismo de santo Tomás, identificado con el racionalismo y culpado del fracaso. En ese momento de prostración debió Lagrange desarrollar su actividad. Y ese “racionalismo” que santo Tomás había practicado en Teología fue el que quiso introducir en la exégesis. Su método había que entenderlo en tal sentido: “el método histórico debe ser racionalista, pero entonces el término justo es racional. En exégesis como en teología pretende ir con la razón tan lejos como sea posible, sin dejar nunca de someter la razón a la fe. Ahora bien, la crítica textual, literaria, histórica son dominios lo bastante anchos para su acción libre y sumisa” (19).

(17) En nota añade: “Sonrisas. . . o lágrimas”. Y trae el testimonio de un corresponsal de Roma que le contaba el sentimiento de un sacerdote alarmado con tantos errores, el Padre X, así sin nombre ni apellido. Pues bien, el traductor de los *Souvenirs* tradujo muy orondo: “El sentir de Pío X, a quien había encontrado en la calle, algunos días después: ‘¡Semejante madeja de errores! ¡Es vergonzoso!’”. ¿Cómo puede dormir tranquilo un traductor así? ¿Sonreír. . . o llorar?

(18) *Ibid.*, pp. 211-212.

(19) *La méthode historique*, edición citada, pp. 112-113.

Era natural que a quien no aplicaba suficientemente la inteligencia a la historia bíblica, lo racional y lo racionalista le parecieran más o menos lo mismo. De la hipercrítica que se le reprochaba habría que decir otro tanto. En historia es difícil saber hasta dónde va la crítica y dónde comienza la hipercrítica. ¡Y era tan corriente ese reproche cuando la crítica se practicaba muy poco en la Iglesia y cuando abundaban exégetas que, como diría el mismo Lagrange, no concebían la erudición y el progreso sino puestos al servicio de la rutina! (20). Sabido es lo que otro gran espíritu de esa época, el historiador Louis Duchesne, le replicó a alguien que lo tildaba de hipercrítico: ¿Y si yo le redaryugo que usted es hipocrítico?

Introducir la crítica en el estudio de la Biblia y hacer la alianza entre la exégesis histórica y la teología especulativa: tal fue el propósito que guió a Lagrange en su trabajo. En el prefacio que abría la publicación de la *Revue Biblique* había indicado los peligros de aquella actitud cautelosa tan común, que consideraba intangibles todas las explicaciones de la Biblia dadas hasta entonces mientras la evidencia no forzara a abandonarlas. La exégesis cristiana, escribía, “no es necesariamente la verdad sino la búsqueda de la verdad” (21). La exégesis debía progresar si quería seguir siendo búsqueda.

En momentos de fricción con la opinión o con la autoridad él acari-

ció varias veces el proyecto de acantonarse en los estudios puramente orientales, que podían procurarle algunos honores y evitarle muchos problemas. ¿A qué obtenerse en iluminar la Biblia con las luces de Oriente, cuando éste de por sí ofrecía al investigador horizontes tan novedosos y tan amplios? Y ya en el terreno propiamente bíblico ¿por qué no limitarse a lo histórico y filológico, sin entrometerse en cuestiones doctrinales con riesgo de indisponerse la voluntad de los teólogos? Tales proyectos los abandonó sin embargo, por considerarlos oportunistas y a la postre poco dignos de un creyente. Recordando sus artículos sobre la inspiración de la Escritura comentaba:

“Contentándose uno con comprobar hechos sin tratar de incorporarlos en los esquemas de la teología se ahorra muchos disgustos, ya que los teólogos se preocupaban muy poco por salir de su dominio, pero en desquite estaban muy poco dispuestos a dejarlo invadir. Más para mí semejante habilidad habría implicado falta de fe. El mamparo levantado entre la exégesis y la teología habría acabado derrumbándose” (22).

Eran, pues, sus convicciones de creyente las que le impedían disociar la crítica bíblica de la propia actitud religiosa. Y fue su fe la que, a pesar de la crucifixión intelectual que ello supone, le hizo buscar fuera de los muros de la Iglesia la verdad crítica y en el seno de aqué-

(20) *Souvenirs*, pp. 171-172, nota 15.

(21) *Ibid.*, p. 44, citando al cardenal González.

(22) *Souvenirs*, pp. 61-62.

lla la verdad revelada. Buscar la verdad y estar sometido a la autoridad de la Iglesia: “es una sujeción, hay que reconocerlo, pero ¡cuánto más racional que esclavizarse a los textos!” escribió en *La méthode historique* (23). Y más adelante explicaba por qué, si el afán apostólico reclamaba con urgencia el avance, exigía también la garantía de que no se estaba corriendo en vano. “Si Dios me dijera si quería la posesión de la verdad o el derecho de buscarla libremente. . . Padre, respondía Lessing, yo aguardo el otro mundo para poseer la verdad, aquí déjame el libre examen”. Pero en estos asuntos el “libre examen” se muestra a menudo impotente, y además no versa sobre puros teoremas especulativos sino sobre problemas que tocan muy de cerca la vida moral y la salvación de las almas (24).

Recordar esto ¿será recaer en el inmovilismo y la rutina arriba denunciados? ¿Equivaldrá esto a justificar todas las medidas tomadas por la autoridad contra los renovadores? En manera alguna, y aquí debe uno levantarse contra la idea de que las iniciativas, para ser fecundas, tengan que provenir de las autoridades de la Iglesia. La mayoría de las veces surgen como a pesar de la autoridad, sospechosas, contrariadas. Alguien ha dicho incluso que, en ese período de prueba, el criterio más seguro de autenticidad es la sumisión con que los iniciadores arrastran las medidas tomadas contra ellos (25). Las grandes em-

presas deben pasar por esa prueba de la sobrevivencia, simplemente para poder existir.

Ello no justifica sin embargo las pruebas y oposiciones a que se ven sometidas. Para probarlo todo y quedarse con lo bueno, san Pablo no autoriza la prueba del fuego. Hay otros medios más respetuosos de la persona humana y de la acción del Espíritu. En la historia de la Iglesia se dan hechos dolorosos, que es bueno recordar por la grandeza de alma que algunos demostraron entonces, pero que es triste por la mezquindad de que muchos dieron prueba.

“Es abominable —se puede concluir con un autor que estudia el caso del Padre Lagrange— hacer refluir sobre la prueba misma la belleza de la conducta observada en ella por los grandes obedientes o la belleza del orden de que, voluntariamente o no, abusa la autoridad para infligirla. Cuando la prueba golpea por equivocación o por malicia a un cristiano en cualquier forma, él debe bendecir a Dios que la permite, que se oculta en ella, con su gracia, que mide sus proporciones. El cristiano se comportará a la manera del Padre Lagrange. ¡Pero de la prueba misma no hagamos elogios! ¡No la declaremos normal! ¡No la aceptemos como una especie de institución en la Iglesia! Es odiosa sencillamente. No es algo de la Iglesia misma, sino que está en ella, por obra de Satán” (26).

(23) *La méthode historique*, p. 32.

(24) *Ibid.*, p. 106.

(25) REGAMEY, P.R., *L'épreuve de l'obéissance*, en *Portrait spirituel du chrétien*, París, Cerf, 1963, p. 284. Con motivo de la resistencia que él mismo encontró en Roma al exponer el nuevo arte sagrado, el autor medita las pruebas a que Lagrange se vio sometido.

(26) REGAMEY, *o.c.*, p. 286.